



# LA MUNDIALIZACION

*Giorgio RUFFOLO*

**N**o resulta fácil desarrollar un tema tan «global» en poco espacio así que me limitaré a una tarea muy modesta: intentar exponer del modo más ordenado posible algunos puntos críticos de este enorme problema, los que tienen mayor importancia política, en forma de tesis. Enunciados por necesidad expositiva en forma apodíctica, tienen en realidad un contenido altamente controvertido y problemático. Espero que esto sirva para promover el debate.

## **1. Definición**

Ante todo, la definición del término (ya imprescindible) de mundialización o globalización. Lo resuelvo del modo más sencillo. Por este término entiendo el proceso acelerado de caída de las barreras que se ha producido en este final de siglo, el movimiento de los productos y, sobre todo, de los factores de producción (y en el ámbito de estos últimos, especialmente, de los capitales) a través de las fronteras de los estados nacionales.



## 2. Dimensiones

Por exigencias obvias de concisión, dejo de lado la descripción del fenómeno y su cuantificación. Basta evocar tres aspectos esenciales: en primer lugar, el desarrollo del intercambio mundial de bienes y servicios: entre 1987 y 1996 a un ritmo del 6%, doble del rédito, hasta alcanzar 6.500 millardos de dólares, una quinta parte del producto bruto mundial. En segundo lugar: la expansión de la producción internacional en lo que se refiere a las empresas multinacionales, que ha alcanzado un valor superior en un 30% al del comercio mundial de bienes y servicios. Y sobre todo, en tercer lugar, la enorme expansión del movimiento de capitales. En los países industriales los flujos totales se han doblado, pasando de aproximadamente 600 millardos por día al inicio de la década de los ochenta, a más de 1.200 millardos en la actualidad.

## 3. Encuadre histórico

No es la primera vez que los países europeos se ven involucrados en procesos de «mundialización». Basta leer a Braudel. Basta pensar en la época del mercantilismo, los siglos XVI y XVII, y en la época del imperialismo, el siglo XIX. En las grandes «plazas» de Génova, Amsterdam, Londres, capitales de redes financieras mundiales. Sin embargo, la mundialización en la cual estamos involucrados en la actualidad no es comparable con las del pasado, en amplitud (se trata verdaderamente de todo el mundo o casi su totalidad) y en profundidad.

## 4. Causas

Las raíces del actual proceso de mundialización están en la crisis de los años setenta, la segunda gran crisis de este siglo, después de la catastrófica de los años treinta. Procedo por destellos: el tercer cuarto de este siglo, la era keynesiana, se distingue por una excepcional combinación de alta presión de la demanda interna de bienes duraderos, de bajo nivel de costes energéticos y del trabajo y de ambiente internacional estable, asegurado por la hegemonía americana. Todos estos elementos disminuyen a mitad de los años setenta. Resultado: la «estanflación» (concomitancia paradójica de estancamiento e inflación) en el interior y la inestabilidad internacional (concomitancia paradójica de fluctuación de los cambios y de desequilibrios de las balanzas de pagos) en el exterior.

La respuesta del «sistema» (me expreso en términos peligrosamente simplificados) es doble. Por el lado de la demanda, una



fuerte presión hacia la desregulación de los mercados. Por el lado de los costes, una radical reestructuración «flexibilizadora» de los modos de producción. Ambos movimientos han resultado posibles por el amplio aprovechamiento de las innovaciones telemáticas. Políticamente, podemos representar en términos metafóricos estos procesos como una «contraofensiva capitalista» a escala mundial: remercatización contra politización, recuperación de los márgenes de beneficio respecto de salarios y costes laborales.

## **5. Efectos**

Puede decirse que, por efecto de este proceso, el mundo de la economía ha cambiado profundamente durante este último cuarto de siglo. Se puede avanzar la hipótesis de que esto comporte un cambio igualmente radical en el mundo de la política.

Estos profundos cambios son susceptibles de interpretaciones polarmente opuestas, apologéticas o catastróficas. La mundialización ha resucitado el conflicto ideológico: profetas panglosianos de la economía apolítica y del fin de la historia, por una parte, y profetas casandrianos de la geopolítica del caos (un reciente libro sobre mundialización se titula precisamente así), por otra.

Es evidente que las profecías sirven de poco para comprender y aún menos para gobernar un fenómeno tan complejo.

Debería resultar evidente el carácter necesariamente ambiguo de la mundialización: una ambigüedad que priva de sentido y, de algún modo, hace fastidioso tanto el pro como el contra, tanto la posición de los que la apoyan con entusiasmo como de los que se oponen con intransigencia, como tuvieron también sustentadores y opositores las crecidas del Nilo. Las crecidas del Nilo, según se sabe, fueron una bendición para el antiguo Egipto, pero seguramente porque fueron reguladas con diques, canales, terraplenes y esclusas. De otro modo, sólo habrían causado desastres. El problema, por lo tanto, no es que la globalización sea un bien o un mal en sí. El problema es que no esté regulada (entonces es un mal) o que lo esté (y entonces puede ser un bien). Y sobre todo cómo regularla.

## **6. Ventajas y oportunidades**

Resulta difícil subvalorar el enorme potencial de crecimiento y desarrollo, de prosperidad y bienestar, alcanzado con la apertura de los mercados, de los productos y de los fabricantes a es-



cala mundial. Hay por lo menos tres aspectos de este nuevo escenario histórico que representan otras tantas premisas y promesas de un futuro mejor para la humanidad entera.

El primero y ya más evidente es que el Nilo de la mundialización está invadiendo inmensas zonas del mundo que hasta ahora habían quedado fuera de la corriente de una crecida limitada solamente a la parte blanca-occidental del planeta, más Japón: a la famosa tríada; millones de hombres, en Asia y en Iberoamérica, son arrastrados actualmente por ésta corriente en pleno. La liberalización del movimiento de capitales ha dado lugar a un flujo de recursos hacia estos países de modo no comparable con los arroyuelos de ayuda económica organizada sobre bases «políticas». Lo que no ha sabido hacer la política, lo ha podido hacer el mercado.

El segundo aspecto positivo está representado por la contribución al conocimiento, permeabilidad, tolerancia y coexistencia promovidas por una mundialización que no es solamente la económica de las mercancías y capitales y de los grandes movimientos humanos del turismo, sino también, y sobre todo, la de la información e imágenes y de las emociones que se producen en su cauce. A este respecto, naturalmente, hay que ser cautos. No siempre el contacto inmediato establecido entre mundos distintos activa la comprensión y la colaboración. A veces hace saltar chispas. Puede dar lugar a confrontaciones envidiosas e intolerancias étnico-culturales, como en el caso obvio de las inmigraciones. Y mientras que es indudable que se reduce el riesgo de macroconflictos mundiales, también es probable que aumente el riesgo de conflictos «intermedios» y de microconflictos. Por lo tanto, sobre todo en este cambio, la balanza entre oportunidades y riesgos es muy delicada y sería necesaria una gestión gradual y articulada.

El tercer aspecto es intuitivo. Si la mundialización aparece de forma plenamente evidente como un proceso de mercado y sensiblemente apolítico, más bien antipolítico, acaba por promover y provocar una potente «demanda de política». Todos los procesos de integración de los sistemas neurovegetativos, por lo demás, llevan en sí mismos esta necesidad de proveerse de algún sistema nervioso central. La aventura de la unión monetaria en la cual está comprometida actualmente una parte de Europa, forma parte de estas astucias de la historia que la total ausencia de humor de los banqueros no consigue captar. No hay duda de que el desarrollo del proceso de mundialización económica lleva en su seno la demanda de alguna forma de gobierno mundial. Que haya respuesta o no, no está ciertamente escrito en la historia.



## 7. Riesgos y perjuicios

Igualmente evidentes y quizá simétricos con respecto a las ventajas y a las oportunidades son los riesgos y perjuicios. Queriendo ser esquemáticos podemos reagruparlos en tres categorías: económicos, sociales y políticos.

Desde el punto de vista económico, la enorme corriente de capitales generada por la mundialización no se distribuye ciertamente de modo equilibrado. Como es natural, están involucrados especialmente los países que presentan las condiciones más favorables para el desarrollo de una economía de mercado, bajo el perfil, además de los recursos naturales, de las condiciones políticas, sociales y culturales. Se trata de una amplia franja intermedia que comprende sobre todo los países de Extremo Oriente, de Asia Suroriental y de Iberoamérica. Quedan excluidos, o al margen, el mundo islámico de Oriente Medio y todo el continente africano. La precedente distinción dicotómica entre el mundo privilegiado de la minoría rica de la tríada y la masa pobre del Tercer Mundo se fragmenta en una geográfica de desequilibrios más compleja, y no por ello menos peligrosa.

Esto en lo que respecta a la distribución geopolítica del desarrollo. ¿Y qué decir de su «sostenibilidad»? Aquí no se habla de la distribución ecológica; es evidente que ésta se halla fuertemente tensada, sea cual sea su distribución. Este es un problema de calidad del crecimiento, que no está en discusión. Se trata de su duración, solidez y estabilidad económica.

Los sustentadores más entusiastas de la mundialización mantienen que, con la extrema «movilidad» de los capitales, hasta los límites de la circulación instantánea, en tiempo real, se ha creado un sistema de autorregulación de gran fiabilidad. Los mercados financieros constituirían, por su extrema sensibilidad, un sistema de alarma de precaución contra los comportamientos irresponsables de las políticas macroeconómicas. Políticas fiscales y monetarias desestabilizantes son castigadas con prontitud por los mercados, que actúan, a través de los movimientos de los cambios y/o de los tipos, como disuasorios. Hay tres clases de objeciones.

En primer lugar: ¿quién ha dicho que la máxima rentabilidad, que es la estrella polar de los «mercados», muestra también un recorrido óptimo desde el punto de vista económico y social general, para todos los países? Sobre este *topos* de la teoría económica se han extenuado generaciones de economistas. Y sólo sus franjas extremas, de Bastiat a Friedman, se tocan en esta posición liminal.



En segundo lugar, es verdad que la gran «liquidez» y «sensibilidad» de los movimientos de capitales no favorecen el flujo hacia los países emergentes que presentan condiciones de inversión favorables. Pero favorece también el reflujo, igualmente fácil y súbito, al mínimo susurro de las ramas. Esto hace que el mercado sea extremadamente nervioso, inestable e inescrutable. Desde los años setenta hasta 1992, se han sucedido ocho grandes crisis monetarias y financieras y otras cuatro posteriormente: la del SME, la del Banco Barings, la de México y, la última, la asiática. Es verdad que ninguna de ellas ha asumido el carácter sistémico e irreversible de la crisis de los años treinta, pero no se puede dejar de preguntar cuántos recursos se han quemado en los salvamentos (solamente el de las cajas de ahorros americanas ha costado 500 millardos de dólares), con qué alternativas productivas se han descuidado y en ventaja de quién. No se puede olvidar el poderoso impulso que imprime la extrema volatilidad y liquidez de los mercados a las evasiones masivas a los paraísos fiscales —las islas de la vergüenza— y al reciclaje de las finanzas criminales, calculado en un volumen de 500 millardos de dólares. Estos aspectos desestabilizadores y patológicos son los que han hecho del mercado mundial de capitales, son palabras de *The Economist*, libre de toda sospecha, «un misterio y una amenaza».

En tercer lugar, si el mercado financiero pone en movimiento mecanismos de reacción negativa, también es verdad que desencadena mecanismos contrapuestos de reacción positiva, procesos cumulativos y desestabilizadores. En particular, las expectativas, humores y temores pueden poner en marcha, sin que se produzca ningún cambio importante en los aspectos «fundamentales», procesos de autocombustión de los mercados, que acaban por autorealizar las previsiones y penalizar pesadamente gobiernos y países libres de toda culpa, obligándoles a devaluar su moneda o aumentar sus tipos de interés. En tal caso, ya no es que el perro mueva la cola, sino que la cola mueve al perro. La economía de papel prevalece sobre la economía real.

Desde el punto de vista social, fue un economista de auténtica escuela liberal, Dani Rodrik, quien, recientemente (en enero de 1997), definió con claridad los modos mediante los cuales la mundialización puede resquebrajar la cohesión social, ya que causa:

- a) una redistribución demasiado favorable a los beneficios y, en general, a los réditos elevados;
- b) un desmantelamiento de las reglas del mercado, sobre el trabajo, el ambiente, la competencia y la corrupción, sin las cuales el propio mercado acaba por autodestruirse;



- c) una contracción de los recursos destinados a la protección social en ventaja de los absorbidos por la carrera competitiva desenfrenada.

Finalmente, desde el punto de vista político, no hace falta subrayar la despolitización de una amplia área de decisión en beneficio de la remercatización. Es cierto que en las economías de mercado durante la era keynesiana el equilibrio entre el sector público y el mercado se desplazó claramente en beneficio del primero. Y también es cierto que tal desplazamiento determinó graves fracasos del Estado, en forma de esclerosis burocrática, de rigidez de los costes, de quasi-rentas políticas y de partidos, de crisis fiscal, de penalización del espíritu empresarial y de mortificación de la competencia.

Pero, desde hace como mínimo veinte años, el péndulo se ha invertido de forma decidida y violenta. Quizá el símbolo más evidente de esta verdadera contraofensiva *de la economía apolítica*, que tiende a limitar los márgenes de las alternativas políticas y democráticas elegidas, dentro de márgenes cada vez más estrechos, lo constituye el reciente Acuerdo multilateral en materia de inversiones (AMI). Sin entrar en el meollo de este complejo problema, sobre el cual el Parlamento Europeo ya ha expresado su alarma y su admonición, bastará decir que contempla, por primera vez en la historia, una especie de cláusula de empresa más favorecida, determinando «un desequilibrio entre derechos y obligaciones de los empresarios, con lo cual estos últimos gozan de plenos derechos y protecciones mientras que los estados firmantes están sujetos a pesadas obligaciones que podrían dejar sin tutela a sus poblaciones» (por la resolución del P.E.). Las consecuencias despolitizadoras de la mundialización se resumen de forma directa en esta cita: «La mayor parte de los políticos aún no se ha dado cuenta de hasta qué punto la política está actualmente bajo el control de los mercados financieros, o más bien, dominada por éstos». Es del señor Tietmayer, Presidente del Bundesbank.

## 8. Orientaciones políticas

Primer punto: ¿Se debe o se puede retroceder? Según mi opinión, no se debe hacer y, aparte de ello, no se puede. ¿Retroceder adónde? ¿Al mundo de Bretton Woods? ¿O aún más atrás, al del proteccionismo? ¿O, todavía más atrás, al mundo del patrón oro? La historia no se desmonta y se vuelve a montar como un mecano. Cada época corresponde a cierta estructura irrepetible de técnicas, ideas, poderes y valores. Por lo



tanto, el problema ni siquiera se plantea. El derribo de las barreras económicas señala una época de la historia que no podemos eludir. Se trata de no sufrirla, de gobernarla, de utilizar las oportunidades del mejor modo, de evitar los riesgos en lo posible. Por lo tanto, la primera orientación es la exclusión de cualquier regresión nacionalista-proteccionista. Pero también de políticas de pura y simple resistencia pasiva al cambio, de protección en las trincheras nacionales o corporativas.

Segundo punto. ¿Se puede intentar reducir la velocidad y atenuar la fuerza de la corriente echando arena en los engranajes de la mundialización? ¿Con medidas de control administrativo? Sus costes superan a menudo sus ventajas. ¿Con medidas fiscales? La propuesta más famosa, en este último sentido, es la llamada «tasa Tobin»: una recaudación mínima sobre la transferencia de capitales que, no obstante, afectaría precisamente a la enorme cantidad de operaciones de plazo brevísimo que constituye el factor más importante de inestabilidad de los mercados. La propuesta es simple, racional y práctica. Quizá por ello ha encontrado, en el *establishment* financiero mundial, una conspiración del silencio. Sin embargo, el talón de Aquiles de la *tasa Tobin* está en la desesperante dificultad de aplicarla de forma tan extensa que haga poco incisivos los comportamientos de defección. Y sin embargo, no habría que abandonar esta perspectiva. Una paciente campaña de presión y persuasión puede llevar, en nuevas condiciones más favorables de mutuo reconocimiento de sus ventajas, a su realización.

Tercer punto. Parece quizá más compleja pero más realista una estrategia tendente no tanto a reducir el alcance del fenómeno sino a construir potentes diques que permitan canalizarlo. Reglas internacionales de protección ecológica. Reglas de garantía social contra la explotación laboral. Reglas de prevención y represión de las finanzas criminales. Acuerdos directos para la eliminación de los paraísos fiscales. La nueva Organización Mundial de Comercio debería ser el lugar natural de tales acuerdos, sobre todo si su competencia se extendiera al campo de las inversiones y las operaciones financieras. En este terreno, el enfoque de la AMI parece ser claramente erróneo tanto, como hemos visto, por sus contenidos como por el aspecto institucional. La OCDE está demasiado vinculada a su carácter genético de club de ricos para generar una constitución justa.

Cuarto punto. La forma más eficaz de afrontar la mundialización en una área determinada es la de realizar una unión económica y monetaria entre los países que forman parte de la misma. Europa es el ejemplo más claro. La desaparición de las



monedas nacionales dentro de esta área, en particular, reduce espectacularmente el campo de la especulación, pero la recuperación en la Unión en cuanto a la erosión de la soberanía nacional consiguiente a la mundialización es posible solamente si se realiza una verdadera unión económica. Desde este punto de vista son esenciales dos aspectos: una armonización fiscal que haga imposible la competencia fiscal entre los países que forman parte de la misma, en perjuicio del trabajo y en ventaja del capital y de las inversiones especulativas; y la coordinación de las políticas macroeconómicas que recupere a nivel de la Unión como mínimo una parte de los márgenes de libertad perdidos por las políticas fiscales y monetarias de cada país en particular.

Quinto punto. A escala internacional, la respuesta más eficaz a la mundialización, en el sentido de la capacidad de utilizar su energía propulsora minimizando las consecuencias desestabilizadoras, es la de construir un poder económico mundial más equilibrado. Tras el fracaso del sistema de Bretton Woods, el mundo ha entrado en una fase de hegemonía americana imperfecta que posee todas las desventajas de la asimetría sin el bien común de la responsabilidad hegemónica. La formación de uniones económicas regionales, que se está perfilando en varias partes del mundo, además de tener lugar en Europa, puede ser la premisa de acuerdos transnacionales sobre políticas, aparte de sobre reglas básicas. Un ejemplo lo ofrecen los actuales intentos de alcanzar un acuerdo transatlántico. Pero el objetivo más ambicioso y eficaz debería estar constituido por un nuevo sistema monetario internacional que ponga fin al actual estado de desorden e inestabilidad monetaria. El nacimiento del euro puede ser una gran ocasión en este sentido. Desaprovechar esta ocasión, por otra parte, podría llevar a una condición de mayor volatilidad de los mercados si las dos grandes monedas rivales fueran gestionadas en competencia.

Sexto punto. El más fundamental y decisivo, aunque pueda parecer el más remoto y utópico. El carburante de la mundialización es el impulso de competencia que se produce, a la búsqueda del beneficio, en el mercado de los bienes y servicios privados: de las «mercancías». Dentro de ciertos límites, este impulso constituye una gran fuerza positiva que actúa en el sentido de la prosperidad y del bienestar. Más allá de estos límites se producen fenómenos de exclusión, de competencia emulativa, de consumo conspicuo, de desviación criminal; en una palabra, de disgregación social, causando un desequilibrio cada vez mayor entre bienes privados y bienes sociales: la salud, el medioambiente, la educación y la solidaridad. Este desequili-



brio puede llevar, a la larga, a una regresión desastrosa. El mejor modo para conjurarla es reequilibrar la actual desproporción en el empleo de los recursos. En la era keynesiana y «socialdemócrata» este objetivo se perseguía a través de un Estado social. Los límites de sostenibilidad fiscal de esta fórmula y la creciente intolerancia por las necesidades sociales insatisfechas imponen afrontar esta tarea abriendo, junto a las estructuras más ágiles de un Estado social renovado, un vasto campo al desarrollo de un sector de economía asociativa, de un verdadero *tercer sistema* fundado en los principios y valores de la solidaridad. Esta debería ser la tarea concreta de la izquierda europea en los albores del nuevo siglo.

---